

# LOS TRANSISTORES



El uso y abuso de los aparatos de radio portátiles empieza a adquirir, o ha adquirido ya hace tiempo, los dramáticos caracteres de una plaga bíblica —una especie de castigo divino a nuestras iniquidades—, de la que no es posible librarse, y que sólo Dios sabe cuánto puede durar todavía.

Vivimos la era del transistor, que ha invadido todo y ha contaminado de germanio a hombres, mujeres y niños de cualquier edad, profesión o nivel cultural. En el autobús, en el «metro», en la oficina, el sanatorio, por la calle, en el campo, en la playa y en la piscina, de día y de noche, en invierno o en

verano, al Sur o al Norte, siempre se tropieza uno, fatalmente, con una manada de transistorizados o de aislados individuos insolidarios, escuchando novelas o músicas estridentes. La paremiología castellana, tan certera siempre, ya ha recogido el hecho en una sentencia inmovible: «No hay golpe sin dolor, ni persona sin transistor».

Conozco algunos enfermos, de los que llamariamos «infarto de transistor», que lo llevan a los estadios, no ya para seguir la marcha del resto de los encuentros, como podía parecer lógico, sino para oír la retransmisión del partido que están presenciando. Y ya que habla-

mos de fútbol, me han contado el caso de un caballero que murió en el Bernabéu de un ataque al corazón, con el transistor puesto, con lo que quizá subiera al cielo, o donde fuera, con el acompañamiento monacorde de los resultados finales. A su viuda no le pareció lícito quitárselo y lo enterraron con él, tal vez todavía sonando inútilmente en su oído.

Es forzoso reconocer, sin embargo, que el transistor puede cumplir una función muy útil como instrumento de evasión, en situaciones límite, de contenido letárgico-inaguantable. Hay momentos u ocasiones en que, forzado por compromisos profesionales o sociales, o por circunstancias de diverso tipo —conferencias, lecciones magistrales, discursos y latrazos variados—, cualquiera daría lo que le pidieran por disponer del recurso de un transistor, con auricular discretamente oculto, y poder pasar por sordo con aparato, donde de verdad no importaría ser sordo sin él. Sé de un obseso, débil de carácter y poco amigo de prácticas religiosas y músicas clásicas, que, obligado por una esposa dominante a ir a Misa y a los conciertos, lo lleva en el bolsillo y conecta el auricular para solazarse, por ejemplo, con «Yo no soy esa» —que ya es solazarse—, mientras se pronuncia la homilía o se ejecuta una «fuga» de Bach.

Y ésto, naturalmente, ya es otra cosa.

LEO DE LIPPI

